

Theodor Kallifatides

El asedio de Troya

Traducción del sueco de Neila García



THEODOR KALLIFATIDES

El asedio de Troya

Traducción de
Neila García

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Slaget om Troja*
Traducción del sueco: Neila García Salgado

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2020

© Theodor Kallifatides, 2018
© de la traducción: Neila García, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 736-2020
ISBN: 978-84-17971-53-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Tenía quince años y estaba enamorado de mi profesora. Corría 1945, comienzos de abril. Mi aldea llevaba ocupada por el ejército alemán desde 1941, igual que toda Grecia. Durante esos años la escuela no funcionaba. Los dos maestros –uno de los cuales era mi padre– habían sido cesados por los alemanes y no vino sustituto alguno. No sabíamos si vivía o si estaba ya muerto. Mamá lloraba por las noches y cuidaba de mí y de la casa por el día. Éramos sólo dos, éramos mamá y yo.

Un abogado jubilado impartía ocasionalmente clases de historia y griego. No en la escuela, puesto que los alemanes la habían convertido en un cuartel. Nos veíamos alguna vez en su casa, y más a menudo en su café de la plaza por las tardes, después de la siesta, cuando el abogado trataba de resucitar con varios cafés que tomaba «pesados, sin burbujas», es decir, sin azúcar y bien removidos. No es fácil precisar qué aprendimos en aquellas clases, pero nos volvimos unos ases con las cartas.

La Señorita llegó una de esas tardes en el autobús procedente de Atenas. La recibió el alcalde. Era una mujer joven, delgada como un haz de luz, si bien iba vestida de negro de la cabeza a los pies. Estaba perdidamente enamorado, por extraño que pueda sonar. Se trataba de la nueva maestra. Y eso era una buena señal. La vida volvería a la normalidad. Pero no para todos. Para mí significaba que probablemente papá ya no volvería jamás y me preparaba para la llegada de más noches aún de insomnio, con mamá sollozando en la habitación de al lado.

Mi único consuelo era la Señorita. No me saciaba de mirarla. Era pequeña, morena, con la mirada ardiente y unas manos bonitas que movía con frecuencia y deleite. Oficialmente nos

referíamos a ella como la Señorita y extraoficialmente como la Bruja, pues conseguía que los furiosos y temerosos perros callejeros dejaran de ladrar. Si no, ladraban hasta a su propia sombra.

Fue Dimitra, mi compañera de juegos de la infancia, quien emitió el diagnóstico.

–Es una bruja –dijo.

Corría 1945, como he dicho. La Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin, el ejército alemán se iba retirando de todos los frentes, pero nosotros no sabíamos nada de eso y la vida en el pueblo seguía como de costumbre. Los soldados alemanes ya no nos eran tan ajenos, y a cada día que pasaba eran menos. Una parte pereció en la batalla contra los partisanos, y otra fue enviada al frente oriental.

Ahora, tras haber obtenido el permiso del capitán alemán, las clases se impartían en la escuela, situada a escasa distancia del pueblo. Ahí fue donde comenzó todo.

Era un día de sol, las ventanas estaban abiertas y veíamos cómo la bandera alemana ondeaba levemente al viento, juguetón. La Señorita estaba explicando que los verbos que expresaban una ocupación regían genitivo y brindó como ejemplo un dicho popular: «Todos los días, a primera hora de la mañana, la alegre esposa atiende su hogar». «Su hogar» ha de estar, pues, en genitivo.

–Vaya muermo de ejemplo –masculló Dimitra, que jamás había visto a su madre alegre por la mañana. Además, despreciaba toda regla, en especial las lingüísticas.

–Esposas que maniatan la fantasía –así las llamaba.

La Señorita opinaba lo contrario. Su principal deber y diversión era enseñarnos nuestra propia lengua.

–Ser griego es saber hablar griego –decía.

Cuando oíamos el estruendo de los aviones no nos preocupábamos. Creíamos que eran alemanes. En el pueblo había un aeródromo provisional que los alemanes habían levantado para sus transportes durante el asedio de Creta. Mi abuelo y mi tío paternos se habían visto obligados a trabajar allí, al igual que la mayoría de los hombres del pueblo. Y lo mismo le ha-

bría ocurrido a mi padre, de no haber sido porque estaba encarcelado, si es que aún seguía con vida.

Estábamos en el aula cuando cayó la primera bomba y el vidrio de la ventana tintineó. Esto nos despertó más curiosidad que temor y corrimos afuera para ver dónde había caído. La primera víctima era una burra cargada de leña. Su gran panza se había partido en dos y agitaba las cuatro patas en el aire mientras moría lentamente.

Los aviones no eran alemanes. Eran británicos.

La siguiente bomba se precipitó sobre el precario retrete exterior de la escuela, y por los aires volaban zurullos como si fueran ratas o ratones muertos. La Señorita, que se nos había sumado, gritaba que si no queríamos morir debíamos correr hasta la gruta.

No queríamos morir. La gruta estaba a unos cientos de metros de la escuela, adentrándose por la quebrada que cruzaba el pueblo. Estábamos familiarizados con ella. Allí jugábamos a policías y ladrones, entre otras cosas, y a veces espiábamos a las parejitas que buscaban cobijo.

En la clase éramos seis chicos y una única chica, Dimitra. Siete. «Buen número –dijo la Señorita–, Dios creó el mundo en siete días.»

Así pues, estábamos nosotros siete y la Señorita en la gruta. Era angosta, oscura, húmeda y estaba repleta de chinches y otros bichos. Nos sentamos, apretujados los unos contra los otros. Estaba muy cerca de Dimitra. La Señorita se plantó ante nosotros a la entrada de la gruta, la luz del exterior caía sobre ella y parecía uno de esos adustos ángeles de la iglesia del pueblo.

Las bombas seguían cayendo. Oíamos explosiones, el estruendo de los aviones y la sirena alemana. El campanero aprovechó la ocasión para hacer sonar la alarma. Le encantaba hacerlo, también antes de la guerra, cuando en verano se desataban incendios fortuitos en el valle. Se podría decir que su vida cobraba sentido, si bien ensordecía como consecuencia.

La Señorita parecía tranquila y aguardó hasta que el agitado parloteo se apagó.

–Mirad, esto puede ir para rato. Yo no tengo ningún problema. Ya desde que estudiaba en la universidad soñaba con esto. Con tener una clase entera para mí sola. Aquí no hay nada que hacer, nada que ver. Estamos solos: vosotros y yo.

Dimitra tenía razón. Era una bruja. Los ojos se acostumbraron a la oscuridad, podíamos vernos los unos a los otros y podíamos, sobre todo, ver a la Señorita, allí donde estaba, ante nosotros, con su vestido negro de manga corta, moviendo sus hermosos brazos pálidos como gaviotas.

–Cuando tenía vuestra edad e iba al instituto vino un día un señor mayor a la escuela y nos leyó en voz alta fragmentos de la *Ilíada*, de la que quizás hayáis oído hablar. Trata sobre la guerra entre Troya, una ciudad a la otra orilla del mar Egeo, y los griegos o aqueos, como se los llamaba entonces. Aquel hombre que nos visitó era un recitador profesional, un rapsoda. Iba por las escuelas hablando de Homero, el autor de la *Ilíada* y la *Odisea*, y leía algunos pasajes en voz alta. Igual que, según parece, Homero, que era ciego. Iba de una ciudad a otra declamando sus poemas y la gente acudía en masa a escucharlo. Y yo pensé que podría hacer lo mismo. Os voy a contar la *Ilíada* de memoria mientras estemos aquí. Tampoco es que tengamos mucho más que hacer.

Era cierto. No teníamos mucho más que hacer en la gruta más allá de tratar de protegernos de las chinches y otros bichos.

–¿Esa guerra cuándo fue? –preguntó Dimitra.

–Hace mucho. Hace más de tres mil años –respondió la Señorita.

Dimitra suspiró.

–Qué divertido...

La Señorita no se lo tomó a mal. No sonaba especialmente divertido. Pero tampoco es que tuviéramos mucho más que hacer en la gruta y la Señorita dio comienzo a la historia:

Sobre los campamentos de los aqueos lucía el sol, pero no sobre sus corazones. Ante ellos se erguían las murallas de Troya,

elevadas, imponentes y bellas. Hacía casi diez años que las habían asaltado. Numerosos hombres buenos de ambos bandos habían perecido en arduas batallas. Pero la batalla decisiva estaba por llegar.

Los troyanos luchaban por sus vidas. Los aqueos, por su honor y por su gloria. Quizás no pesaran igual. El ejército estaba extenuado, los hombres echaban de menos a sus familias, sus hogares y sus tierras. Puede que la morriña no sea una enfermedad, pero debilita a los hombres como si lo fuera. Los hombres adelgazaban, los ojos se les hundían aún más en las cuencas, y también las mejillas. Se les caían los dientes, la boca les desaparecía tras el bigote, su aliento bastaría para resucitar serpientes muertas, padecían de estreñimiento crónico o de lo contrario, el pelo enralecía.

Sus conversaciones se volvían más y más monótonas y vulgares. Si alguien se rascaba la cabeza, siempre había otro que decía que le estaban poniendo los cuernos. Las mujeres estaban solas en casa y todos sabían qué podía pasar.

Los hombres intentaban mantener buen ánimo, pero al caer la tarde sus canciones se volvían más sombrías. Lo único que había mejorado con el tiempo eran los lazos de amistad que los unían. Todo lo soportaban juntos, el escudo de uno protegía al otro. La muerte de uno a menudo conducía también a la muerte del otro. Habían pasado, como decía, diez años y las bellas murallas de Troya habían demostrado ser inexpugnables.

Para los troyanos era distinto. Después de la batalla regresaban con sus familias, con sus esposas y con sus hijos, y sus mujeres no en vano eran conocidas por sus marcadas cinturas. Orgullosas y erguidas, ataviadas con largos vestidos, aguardaban a la puerta cuando los maridos llegaban a casa. En las bañeras de mármol, el agua venida de los manantiales de las montañas estaba caliente. Las mujeres limpiaban el polvo, el sudor y las manchas de sangre de sus maridos, que recibían caricias, besos y amor. Así habían soportado diez años de asedio y podrían apañárselas para aguantar otros diez.

Una cosa es batallar en casa y otra totalmente distinta es combatir en tierra extranjera. La cuestión ya no era cuánto

tiempo lograría resistir Troya al asedio de los aqueos, sino cuánto tiempo iban a ser capaces de continuar los sitiadores.

En otras palabras, su dirigente, Agamenón, sabía que algo había que hacer. Pero no sabía qué. Una sospecha, que ni siquiera se atrevía a reconocer, lo atenazaba. En cualquier caso, había llamado a los demás reyes y comandantes a su tienda.

También los demás albergaban sospechas. Sus razones tenían. Apenas había nadie entre ellos que no hubiera cometido una o más infamias en esos nueve años. Que no hubiera matado furtivamente, saqueado a pobres campesinos, raptado a mujeres y niños.

En lo más profundo de sus almas la duda los corroía. ¿Era esa una guerra justa? ¿Debían anegar de sangre Troya solo porque Paris, hijo del rey de la ciudad, Príamo, hubiera seducido o raptado a Helena?

Era sin lugar a dudas la mujer más bella que jamás había existido, se la consideraba más bella aún que la misma Afrodita, diosa del amor. Ciento diecinueve pretendientes de todo el mundo la cortejaban y su padre no se atrevía a elegir a uno por miedo a que pudiera desatarse una guerra de todos contra todos. Por eso, dejó que Helena decidiera y exigió al mismo tiempo a todos los pretendientes que prometieran que, independientemente de con quién contrajera ella matrimonio, todos los demás protegerían al susodicho, y si alguien la raptaba y la apartaba de su hogar y su marido, todos los demás marcharían juntos a la guerra, conquistarían la ciudad del culpable y la reducirían a ruinas, ya fuera esta griega o bárbara.

Así pues, llegó el gran día en que Helena eligió como esposo a Menelao, el de las anchas espaldas, rey de Esparta. Con una corona de flores primaverales tempranas, se acercó a él y se la colocó sobre los claros cabellos.

Fue un matrimonio feliz en todos los sentidos.

Helena y Menelao vivieron felices, tuvieron siete hijos y ella se volvía más y más bella cada día que pasaba. Se decía que el gran girasol amarillo y la achicoria azul de su jardín se inclinaban ante ella cuando paseaba a última hora de la tarde. Que los pájaros dejaban de piar. Incluso que el río Eurotas cesaba

de arremolinarse para que ella pudiera verse reflejada en sus aguas cristalinas.

Se dice que el diablo tiene muchas piernas, pero que las Moiras, diosas del destino, tienen más. Un día Menelao recibió la visita de Paris, hijo de Príamo, rey de Troya. Ambos reyes se conocían, por lo que era evidente que había que acoger a Paris. Este declaró que su nave había quedado gravemente dañada por una tormenta junto al sonado cabo Malea y se había visto obligado a abandonarla.

Ninguno de los dos podía imaginar las consecuencias que desataría esta visita.

La Señorita realizó una pausa y aspiró profundamente, como si hubiera estado aguantando la respiración mientras contaba la historia. Avanzó hasta la entrada de la gruta y echó un vistazo afuera.

–Se han calmado las cosas. Podéis ir a casa. Mañana seguimos.

Dimitra y yo caminamos juntos hacia casa. Habíamos crecido juntos. Habíamos jugado a los médicos y examinado nuestras partes. Ella era mi más vieja amiga y yo su más viejo amigo. Éramos como hermanos.

–Bueno, ¿qué me dices de la Bruja? –preguntó.

No sabía cómo expresarlo.

–Tiene una voz bonita.

En la plaza todo había vuelto a la normalidad. El capitán alemán y el alcalde bebían *ouzo* antes de cenar. Y todos los demás hombres hacían lo mismo. Las mujeres más jóvenes caminaban del brazo arriba y abajo por el paseo y dejaban que otros se maravillaran. Era como si nada hubiera pasado.